

Domingo XXIV Tiempo Ordinario

“¿Quién dice la gente que soy yo?”

13 Septiembre 2009 P. Carlos Padilla

“El que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvará”

Quería comenzar hoy esta reflexión con un tema que me ha dado vueltas a lo largo de esta semana. El fin de semana pasado, en Pozuelo de Alarcón (Madrid), los participantes en un botellón organizado durante las fiestas, asaltaron una comisaría de Policía e hirieron a 10 agentes, dos de ellos de gravedad. Fue una auténtica batalla campal, con destrozos y multitud de heridos. El corazón se sobrecoge al ver lo ocurrido y reflexiona sobre los hechos. Más aún al escuchar las reacciones de algunos de ellos: *“Se confiesan en voz alta: “ha sido la noche más divertida de nuestra vida”*. Y me pregunto: **¿Qué hay detrás de todo esto?**

Ésta es la pregunta que nos hemos hecho en estos días. Hay violencia entre jóvenes con frecuencia en muchos lugares. Algunos expertos achacan todo esto a que estamos viviendo una **crisis de la autoridad paterna**. Se habla de un exceso de permisividad en el ejercicio de la autoridad en los educadores y en los padres, lo cual trae consigo actitudes como éstas. Falta disciplina y los padres se sienten impotentes para educar a sus hijos y para ser exigentes con ellos. Ante esa impotencia pueden llegar a tirar la toalla. En muchos hogares hay una ausencia de los padres, debido a la larga jornada laboral o como consecuencia de tantas familias desestructuradas. Se habla entonces de una generación de la llave; son niños que, cuando llegan a casa después del colegio, están solos. Por lo demás, estamos ante una crisis del mismo concepto de autoridad. La autoridad es cuestionada continuamente y deja de tener valor. **Es temida y rechazada como una imposición.**

El P. Kentenich desarrolla este tema y destaca la importancia que tiene, que los padres ejerzan correctamente su paternidad y maternidad, su autoridad parental: *“¿Qué significa ser padre y engendrar vida, servir a esa vida? Significa promover en alguien la capacidad y la disposición para plasmar independiente y autónomamente su vida -como hijo de Dios y miembro de Cristo- a partir del amor”*¹. Al escuchar esta definición nos podemos sentir sobrepasados. Si los padres ejercieran esa autoridad correctamente, serían capaces de educar hijos autónomos, desde el amor; hijos que se dejaran arrastrar por la verdad y no por la mentira. Ése es el ideal al que aspiramos. El hombre siempre busca la verdad y muchas veces se deja seducir por mentiras, que parecen verdades. **S. Agustín fue un gran buscador de la verdad y confesaba en sus Confesiones:** *“Y la verdad estaba dentro de mí, más íntimo que lo más interior de mí, más elevado que lo más elevado de mí”*. Educar en la verdad significa conducir a la verdad de los propios hijos, esa verdad que está en el interior de su corazón. Ésa es la misión de toda educación. Y la consecuencia es, como dice **Benedicto XVI** en su **Encíclica “Caritas in veritate”**, que: *“La verdad une los espíritus entre sí y los hace pensar al unísono, atrayéndolos y uniéndolos en ella”*. **La verdad une y trae paz, la mentira separa y genera violencia.**

Para nosotros que tenemos fe, que creemos en esa Verdad que nos da Dios, la violencia de los jóvenes no nos deja indiferentes. Queremos educar una sociedad nueva, distinta, un hombre nuevo. Porque, si no actuamos de acuerdo a lo que Dios nos muestra a través de nuestra fe, las palabras del **Apóstol Santiago** serán una realidad: *“¿De qué le sirve a uno,*

¹ J. KENTENICH, *Desiderio Desideravi* (1963) tomo III, pg. 76.

hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Es que esa fe lo podrá salvar? Supongamos que un hermano o una hermana andan sin ropa y faltos del alimento diario, y que uno de vosotros les dice: «Dios os ampare; abrigaos y llenaos el estomago». Y no les dais lo necesario para el cuerpo; ¿de qué sirve? Esto pasa con la fe: si no tiene obras, por sí sola está muerta. Alguno dirá: «Tú tienes fe, y yo tengo obras. Enséñame tu fe sin obras, y yo, por las obras, te probare mi fe.» Santiago 2, 14-18.

Nuestra fe nos lleva a la acción y a buscar que nuestra sociedad forme hombres capaces de decidirse en libertad por la verdad. La fe no puede quedarse encerrada en la sacristía, **ha de plasmar en el mundo una nueva cultura, una nueva forma de entender la vida, el amor, la libertad y la autoridad.** Sólo así cosas como las que ocurren a diario en nuestra sociedad, pueden dejar de suceder. **Sólo así podrá haber más paz y más respeto. Sólo así habrá menos violencia y menos ira.** Me sorprendió ayer escuchar otra vez que un hombre mató a su pareja y acto seguido se suicidó. Ya son muchos los casos y no nos deja indiferentes.

Estamos ante un gran desafío. Aprender a educar y a ejercer la autoridad, es una labor difícil de realizar. El P. Kentenich se preguntaba: *“¿Cómo se educa para que el hijo tenga respeto y amor hacia los padres? No hay recetas. Nuestra actitud fundamental es decisiva. Si tenemos respeto y amor hacia ellos, ellos lo tendrán hacia nosotros como padres”².* Hoy pedimos por todos los padres que se encuentran ante la difícil tarea de educar y se sienten impotentes. Hoy pedimos para que la familia sea el hogar donde Dios y María actúan, para que se haga realidad lo que hemos escuchado en **el salmo:** *“Caminaré en presencia del Señor en el país de la vida. Amo al Señor, porque escucha mi voz suplicante, porque inclina su oído hacia mí el día que lo invoco. Me envolvían redes de muerte, me alcanzaron los lazos del abismo, caí en tristeza y angustia. Invoque el nombre del Señor: «Señor, salva mi vida». El Señor es benigno y justo, nuestro Dios es compasivo; el Señor guarda a los sencillos: estando yo sin fuerzas, me salvo. Arrancó mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída. Caminare en presencia del Señor en el país de la vida”.* Sal 114, 1-9

El Evangelio de hoy nos ayuda a entender lo que significa seguir realmente a Jesús en nuestras vidas. La pregunta que guardamos en nuestro corazón es la siguiente: *“¿Quién decís que soy?”.* Es la pregunta que hoy nos hace el Señor a cada uno. Sabemos lo que hoy respondería la gente que nos rodea. Dirían que fue un gran hombre, un enamorado del ser humano, un luchador contra las injusticias. Nadie habla mal hoy de Cristo, aunque sí de su Iglesia. Es algo parecido a lo que decía **la gente del tiempo de Jesús:** *“En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Filipo; por el camino, preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que soy yo?» Ellos le contestaron: «Unos, Juan Bautista; otros, Elías; y otros, uno de los profetas.»*

Son opiniones diferentes y todas ellas niegan que sea Dios, sólo afirman que es un hombre de Dios. Juan Bautista era el precursor, el que lo señaló en el Jordán, un profeta, pero sólo un hombre. Dice **S. Teofilacto** al respecto: *“Muchos creían que S. Juan había resucitado de entre los muertos, entre ellos Herodes, y que después de su resurrección habría obrado milagros”.* Esa creencia hacía pensar que Jesús era el **Bautista resucitado.** Elías, por su parte, había sido el gran profeta. En el monte Tabor, en el momento de la Transfiguración, vieron a Moisés y Elías junto al Señor. Elías ascendió a los cielos en un carro de fuego: *“Y de pronto, mientras ellos iban caminando y hablando, apareció un carro de fuego, con caballos también de fuego, que los separó, y Elías subió al cielo en un torbellino”* Reyes 2, 11. No murió y por ello podía ser Elías, que volvía a la tierra. Por último, pensaban que era **un profeta.** Era lógico, para los judíos, hablar de profetas. El profeta era un enviado de Dios, que venía a anunciar el poder de Dios y a denunciar aquellas formas de vida que iban contra Dios. Cristo se había comportado así en su vida pública, por lo tanto tenía rasgos proféticos. **Estas respuestas, sin embargo, no dejan contento a Jesús. Él busca algo más. Sabe que no ven a Dios en sus obras y por eso no acaban de creer. Teme que los suyos tampoco lo logren. Por eso les pregunta:** *“Y vosotros, ¿quién decís que soy?”*

² J. KENTENICH, *Familia sirviendo a la vida*

Era lógico pensar que ellos, después de tanto tiempo a su lado, lo conocerían mejor. Jesús no busca en su pregunta el propio reconocimiento. Normalmente nosotros, cuando queremos saber lo que los demás piensan de nosotros, lo hacemos por inseguridad, o porque buscamos el reconocimiento, o para que nuestra vanidad se vea alimentada. **Nuestra felicidad o infelicidad depende con frecuencia de las opiniones que los demás tengan de nosotros.** Nos afectan las críticas y los desprecios y mendigamos ansiosos los elogios y aplausos. Se nos olvida que nuestra felicidad no depende de la opinión de los demás. Las opiniones dan para mucho y encontraremos siempre pareceres distintos.

Jesús no busca el reconocimiento. Se alegra, sin embargo, con la respuesta de Pedro: *"Pedro le contesto: «Tú eres el Mesías.» Mateo añade: "Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios viviente" Mt 16, 16.* Pedro responde lo que el Espíritu Santo le revela. Mateo entonces incluye una respuesta de Jesús, que no viene en los otros evangelistas, y que le da sentido a las palabras de Pedro: *"Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque ningún hombre te ha revelado esto, sino mi Padre que está en el cielo. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra voy a edificar mi iglesia; y el poder de la muerte no la vencerá. Te daré las llaves del reino de los cielos: lo que ates en este mundo, también quedará atado en el cielo; y lo que desates en este mundo, también quedará desatado en el cielo".* Pedro es impulsivo y reacciona con palabras que ni él mismo alcanza a comprender. En sus palabras se encierra un misterio que el Señor quiere guardar en el secreto de sus corazones: *"Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie".* Al respecto, dice **S. Juan Crisóstomo, a quien hoy recordamos:** *"(Se lo dice) para infundir en ellos una fe pura, después de realizado el escándalo de la cruz".* El misterio no es comprensible. Es como si Pedro repitiera palabras aprendidas, pero no comprendidas. En el testimonio de Pedro, revelado por Dios, se esconde el misterio de su elección. **Dios elige a Pedro como fundamento de la Iglesia.** Pero Pedro está lejos de ser esa roca sólida que quiere aparentar. **No logra comprender el misterio de la cruz del cual le habla Cristo. No está preparado.**

A nosotros nos pasa como a Pedro, que decimos cosas y afirmamos verdades, que luego no vivimos. Hablamos del amor incondicional de Dios, predicamos su misericordia y su protección constante en el camino. Hablamos de la cruz, de la fidelidad, de vivir siempre en la verdad. Sin embargo, cuando llega el momento de la prueba, nos tambaleamos como Pedro. Cuando nos confrontamos con la dureza de la vida, dudamos y caemos. Y entonces, Jesús hace con nosotros como hizo con Pedro, trata de explicarnos el sentido de todo lo que decimos, pretendiendo que lo entendamos todo. Es como si dijera: *"Querido Pedro, decir que yo soy el Mesías, significa lo siguiente".* Y entonces le explica: *"El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días".* **Pero no basta con la explicación, hay que vivir la prueba.**

Parece que en estas palabras estamos llegando al sentido último de las preguntas iniciales de Jesús. Cristo quería preparar el corazón de los suyos para lo que tenía que venir. Es necesario prepararlos para que puedan comprender el Misterio de su vida. Lo explica todo claramente y con calma. El Evangelio de Marcos alcanza en este punto la revelación del verdadero rostro de Jesús. El Cristo de Marcos se manifiesta en este momento, en el centro del Evangelio, como el Mesías esperado. Las palabras de Pedro y la explicación del Señor, dan sentido a todo lo ocurrido hasta ese momento: milagros, curaciones y palabras de Salvación. El mensaje, no obstante, sólo nos parecerá claro al final del camino. En ese momento, sus palabras parecen todavía incomprensibles, son oscuras: *¿Por qué tenía que morir el que le daba sentido a sus vidas? ¿Por qué tenía que padecer y sufrir? ¿Qué significaba resucitar para ellos? ¿Qué iba a pasar con ellos si Jesús se iba?*

Son demasiadas dudas las que atormentan el corazón de Pedro y por eso reacciona con una lógica muy humana: *"Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo".* Pedro actúa como el hombre prudente. Mejor dicho, es un especialista en marketing. Al fin y al cabo, los elogios de Cristo siguen vivos en su corazón. Él está llamado a ser la roca, la piedra de la futura comunidad y entiende que el fracaso no puede tener la última palabra. Él es el elegido por el Señor por su sabiduría, y por eso interviene y aconseja, porque se siente con

autoridad. Pedro quiere que el discurso de Jesús sea otro. No entiende de muerte y la cruz. Se niega a aceptarlas como parte del camino. Él se cree fuerte y capaz y eso asegura siempre el éxito. **Sabe que puede lograr lo que quiere** y entiende que las palabras de Jesús llevan a perder la esperanza de los más débiles. Por eso no puede callarse, tiene que intervenir. Actúa como un buen empresario, como si le dijera a Jesús: *"Mira, seamos prudentes, no hablemos de cosas tan duras, hay que ir poco a poco; hablar de dolor, de cruz, de muerte, asusta. Así no vamos a ningún lado. Hagámoslo de otra forma"*. Lo mismo hacemos nosotros. Con frecuencia llegamos a Dios y le decimos cómo tiene que hacer las cosas en nuestra vida. **Le pedimos que no hable de sufrimiento, porque espanta y le recomendamos, si quiere que su Iglesia siga adelante, que las cosas nos vayan mejor, porque si no, se va a quedar sin amigos.**

Pedro es ese gran apóstol que lo entregó todo para seguir al Señor y tiene que hacer el camino de la conversión de su mano. Quería hacer un inciso para mencionar la reflexión de un niño de 9 años, a quien le piden que explique quienes eran los apóstoles: *"Al principio los doce apóstoles no eran propiamente nadie. ¿Quién los conocía? La mayoría de ellos eran pescadores y fruteros. Un día Jesús, al ver a San Pedro nervioso porque no había pescado ni una anchoa, le dijo: "Vuelve al mar y te atiborraré de peces, basta con que te hagas apóstol". San Pedro así lo hizo, volvió con dos o tres quintales de peces y desde aquel momento siguió a Jesús. Precisamente ahora que podía hacerse de oro, se puso a seguir a Jesús y por eso fue nombrado santo"*. Esta visión ingenua de los discípulos me llamó la atención y me alegró el corazón. Y es verdad, Pedro, el gran empresario de la pesca para este niño, lo deja todo y se hace pescador de hombres por amor. **El motivo de su santidad es haber entregado su vida.**

Sin embargo, Jesús encara hoy a Pedro y le muestra su pobreza ante todos: *"Jesús se volvió y, de cara a los discípulos, increpó a Pedro: « ¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!»* Sin duda, el reconocimiento de la grandeza de Pedro, hecho anteriormente, está en relación opuesta con esta reacción. Y la humillación sufrida por el apóstol que está llamado a ser la roca de la Iglesia nos impresiona. Pedro no acaba de comprender las palabras del Señor. Y nos consuela pensar que nosotros nos parecemos mucho a él. Dice **S. Juan Crisóstomo**: *"Todavía no le había sido revelado el misterio de la cruz y la Resurrección"*. Jesús le llama Satanás, que quiere decir adversario. Porque no entiende, porque no tiene la mirada de Dios, sino de los hombres. Igual que nosotros. Todavía está lejos del pensamiento expresado por Pablo en su carta a los Gálatas: *"Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz del Señor, en la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo"*. Ga 6, 14. **Pedro todavía se gloria en sí mismo y tiene otros planes para el mismo Dios. Al mirar a Pedro nos alegra pensar que seguimos en camino y que Dios todavía nos tiene que transformar en lo más profundo, como a Pedro.**

Nos sentimos muy identificados con Pedro. No entendemos realmente el mensaje de la cruz y del dolor como camino hacia la vida. *¿No podía ser todo mucho más fácil?* La cruz es molesta e incómoda y nos produce frustración. Y el hombre de hoy no está acostumbrado a la frustración, porque no la tolera. Los deseos nacen para ser satisfechos. Las palabras de **S. Gregorio Magno** son difíciles de vivir: *"Con la dilación iba aumentando el deseo y este deseo aumentado le valió hallar lo que buscaba. Lo santos deseos aumentan con la dilación"*. **No soportamos la espera, queremos el fruto de forma inmediata.** La impaciencia nos consume y entonces reaccionamos mal ante la cruz, ante el dolor y ante la no realización de aquello que deseamos con todo el alma.

Cristo, entonces, con paciencia de padre, lo explica todo: *"Después llamó a la gente y a sus discípulos, y les dijo: «El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Mirad, el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvará.»* Marcos 8, 27-35. Mateo añade: *"¿De qué sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde la vida?"*. Y Lucas añade: *"¿O se destruye a sí mismo?"*. Sin duda el camino es aparentemente sencillo e incomprensible para nosotros. Cargar la cruz, negarnos a nosotros mismos, perder la vida, son todas expresiones que nos turban. Es el lenguaje de

las contradicciones que tanto nos cuesta entender. La **Madre Teresa** lo vivió en su vida en profundidad y lo expresa con estas palabras: “(Se trata de) dejar que haga conmigo todo lo que Él quiera, como quiera, tanto tiempo como quiera. Si mi oscuridad es luz para alguna alma, incluso si no es nada para nadie, soy perfectamente feliz de ser una flor del campo de Dios”³. Vivir así es lo que espera el Señor de nosotros. **¿Estamos dispuestos a seguir este camino santo?**

No es fácil entender estas palabras, ni siquiera para nosotros que hemos conocido a Cristo resucitado. El P. Kentenich nos habla de tener **conciencia de ser peregrinos**: “Mi hogar no es éste, sino que está en el cielo. ¡Somos peregrinos!” Y aclara lo que significa: “que no nos esclavicemos a las cosas de este mundo, nos da empuje para adentrarnos en lo divino, en nuestro hogar primordial, en Dios”.⁴ Y nosotros, muy a menudo, nos apegamos al mundo, dejamos la cruz de lado y anhelamos no perder la vida, la vida que pasa y es tan caduca. **Isaías** pone cada cosa en su sitio y nos recuerda esta condición de ciudadanos del cielo: “El Señor me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás: ofrecí la espalda a los que me apaleaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no me tapé el rostro ante ultrajes ni salivazos. El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado. Tengo cerca a mi defensor, ¿quién pleiteara contra mí? Comparezcamos juntos. ¿Quién tiene algo contra mí? Que se me acerque. Mirad, el Señor me ayuda, ¿quién me condenará?” **Isaías 50, 5-9. Son las palabras del que confía ciegamente en Dios.**

Hoy acabamos mirando a María, porque queremos tener confianza plena en Dios y en su conducción. Esta semana hemos recordado su nacimiento y ayer celebramos su santo. En su cumpleaños nos acercamos al Santuario para agradecerle sus brazos siempre abiertos. En su santo la recordamos como nuestra Madre y le traemos nuestros regalos, nuestra alma inquieta, los sueños que viven en el corazón. Hoy hacemos nuestras las palabras con las que **S. Bernardo** hablaba de María: “Siguiéndola a Ella, no te desviarás. Rogándola, serás fuerte. Mirándola, no te equivocarás. Agarrándote, no caerás. Siendo Ella protectora, no temerás. Siendo propicia, llegarás”. Hoy María, en su semana de fiestas, nos recuerda que somos niños, que estamos hechos para abrazarnos a Ella siempre en nuestra impotencia. No nos gusta ser niños, no queremos ser dependientes. Sin embargo, nos enseña que, viviendo en su corazón de Madre, podemos ser hombres nuevos, personas ancladas en Dios y dueñas de sus vidas. **Con Ella adquirimos la mirada de Dios y no la de los hombres.** Con Ella vemos más allá de nuestros miedos e inseguridades; sólo en Ella podemos cargar la cruz, perder la vida y entregarlo todo, sabiendo que nuestra vida está sus manos. Decía el **Cura de Ars acerca de María**: “Como la única cosa que Ella desea es vernos felices, es suficiente volverse hacia Ella para ser atendidos”⁵. Eso hacemos hoy, nos volvemos a Ella, queremos seguir a Jesús.

En todo caso, algunas cosas nos quedan hoy claras: sabemos que si nos guardamos la vida la perdemos. Lo hemos visto con frecuencia, cuando el corazón se quiere guardar y reservar, cuando no quiere darse por entero por egoísmo, cuando sólo se busca a sí mismo, surge la ira, la infelicidad y la frustración. Sin embargo, cuando nos damos sin reservas, cuando no nos estamos preocupando de nosotros mismos, cuando no pensamos en nuestras necesidades solamente, el corazón se ensancha y crece, y la vida recibe una mirada más amplia, la de Dios; y recibe la capacidad de vivir con plenitud. Hoy nos damos cuenta de que somos como Pedro y que muchas veces no entendemos el camino. Aún así, la reflexión de nuestro niño de 9 años nos ayuda a pensar, que si dejamos nuestros planes, por muy buenos que parezcan, por seguir los del Señor, nuestra vida será más de Dios y recibiremos una vida más llena, a cambio de nuestra pobre vida entregada.

³ MADRE TERESA DE CALCUTA, *Ven, sé mi luz*, 261

⁴ J. KENTENICH, *Las fuentes de la alegría*, 296

⁵ B. NODÉ, *Cura de Ars*, 27